



Foto/Photo: Luis Asin ZAS

# Retornos Returns

## El futuro está en el pasado The Future lies in the Past

Eduardo Haro Tecglen

Madrid es una ciudad fea, y su irregularidad, su variedad, su desorden, son los creadores de alguna belleza. Suele ocurrir con algunas ciudades de desorden, como Roma; pero puede ocurrir dentro del más estricto cartesianismo de cuya costilla nació París. Quien se sitúe en la plaza de la Concordia podrá ver el Obelisco y las Esfinges egipcias, los dos modelos de frontón helénico que presentan la Iglesia de la Magdalena y la Asamblea Nacional; los gemelos dieciochescos del Jeu de Paume y l'Orangerie; a lo lejos, el mazacote triunfal del Arco y en la lejanía simétrica, la pirámide de cristal —tras el Carroussel—, creada por un diseñador chino-americano. Y aún se puede ver el pico de la terrible torre de Eiffel, si el día es claro. Lo mejor es el vacío, el espacio, la perspectiva. Cada uno de estos objetos arquitectónicos y paisajísticos, civiles, religiosos y militares, es más bien desagradable —añadiendo las fuentes, el Ministerio de Marina y el Hotel Crillon— y sin embargo todo el conjunto es unánimemente admirado; estoy entre sus admiradores.

Esta disposición de objetos y perspectivas es aparentemente caprichosa, pero tiene un orden temporal dentro. Es el de la época napoleónica, tras las huellas del último Luis —que fue guillotinado en esa misma plaza—, y hay un sentido del orden imperial y de los restos de la entronización de la Razón por los revolucionarios que fueron letrados y enciclopedistas.

Además de la creación personal del prefecto Malesherbes, cuya esposa comentaba ingenuamente que tenía suerte: cada vez que su marido compraba un gran terreno, una nueva avenida pasaba por él. Puede que la corrupción, a veces, sea favorable al paisaje urbano. Histórica y filosóficamente esa unidad trascendental de la Concordia —y la observación se podría establecer desde otros muchos puntos de París— es la que puede convertirse en belleza. Tuvo, en tiempos, una sensación de modernidad, después de haber sido un futuro que, en su tiempo, se veía venir. Era una ciudad previsible.

Madrid tiene la ventaja de lo incalculable, y la desventaja de que la especulación se ha hecho sin sentido de grandeza. Los imperios, aquí, fueron estrechos y oscuros, y con una cierta ruindad de ideas generales: cuando la capitalidad se trasladó a Madrid, las grandes familias de la aristocracia, la clerecía y el comercio construyeron casas de madera para evitar un gasto que habría que arruinar si

Madrid is an ugly city, and its irregularity, variety, and disorder somehow create a certain beauty. This often tends to occur with disorderly cities, as in the case of Rome, but it can also occur within the strictest Cartesianism, from whose rib Paris was born. Standing in the Place de la Concorde, one can see the Obelisk and the Egyptian Sphinx, the two models of Hellenic pediments presented by the Magdalene Church and the National Assembly. One can see those eighteenth century twins, the Jeu de Paume and l'Orangerie, and, in the distance, the tedious triumphalism of the Arc de Triomphe, and, remotely but symmetrically, the glass pyramid —behind the Carroussel— created by a Chino-American designer. On a clear day, even the peak of the terrible Eiffel Tower can be seen. Best of all is the emptiness, the space, and the perspectives. Each one of these objects, architectonic, landscapist, civil, religious, military, is really quite disagreeable and unpleasant —including the fountains, the ministry of the Navy and the Hotel Crillon— and nevertheless the entire ensemble is unanimously admired. I am among its admirers.

Despite the apparent caprice in the arrangement of these objects and perspectives, within there lies a temporal order. It is that of the Napoleonic epoch, following in the footsteps of the last Louis —who was brought to the guillotine in the same Place, de la Concorde— and there is a sense of the imperial order and of the remains of the age of Reason, exalted and enthroned by revolutionaries who were learned and encyclopedists.

There is also the personal creation left by the prefect Malesherbes. His wife used ingenuously to remark on his indefatigable luck: each time that her husband bought an important property, a new avenue miraculously emerged to pass by it. Perhaps corruption, at times, is favourable to the urban landscape. Historically, and philosophically, this transcendental unity of the Place de la Concorde —and the same observation may be made from many other points in Paris— is something that can easily become beautiful. At certain times it was endowed with a sensation of modernity, after having been a future which, in its own time, one could see coming. Paris, ever anticipated, was a foreseeable city.

Madrid, meanwhile, has the advantage of a certain indeterminacy or incalculability, as well as the disadvantage of the fact that in Madrid speculation has gone on without any sense of grandeur. Empires here were narrow and obscure,

---

**Eduardo Haro Tecglen** fue subdirector de la revista *Triunfo* y director de *Tiempo de Historia*. Actualmente es editorialista, crítico de teatro y autor de la columna diaria "Visto y Oído" en el periódico *El País*.

---

**Eduardo Haro Tecglen** was the sub-director of the magazine *Triunfo* and the Director of the journal *Tiempo de Historia*. He is currently an editorialist, theatre critic, and the columnist of "Visto y Oído" ("Seen and Heard"), appearing daily in the newspaper *El País*.  
Translated by: Christopher Emsden

el monarca o sus sucesores decidían un nuevo cambio de lugar; y los habitantes anteriores, de la Villa, renegaban de la corte y no colaboraban con ella, y siguieron sin hacerlo. Pasaría mucho tiempo antes de que la cercana piedra de la sierra pasara a ser urbana, y a crear una cierta perennidad. Pero la vivienda siguió siendo sórdida.

Mirar un pasado hecho por superposición, por especulación y por corrupción, y por modas venidas de imperios exteriores, es fácil en cualquier paseo. Desde la chabola como prehistórica al edificio inteligente tomado de los imperios del Japón y los Estados Unidos: a veces, en estrecha vecindad, como sólo se encuentra en las ciudades latinoamericanas y en muchas de los Estados Unidos como consecuencia de la extensión continua de la pobreza. En los barrios madrileños de chabolas hay muertos, incendios provocados, agresiones y *razzias* de los habitantes más próximos como una repetición de la guerra por el espacio y el tejado de los tiempos más lejanos conocidos. No parece que este pasado vaya a cesar. El realojo, como política de neologismo, no se suele producir bien, causa otras luchas tribales y de distintas clases de pobres, y nuestros arquitectos que han aceptado la creación de la vivienda social no han acertado. A la fealdad han unido la mala utilidad.

Esa lucha no es más que una escenificación, una teatralización de los espacios más deseables. El paseo por Madrid con la simultaneidad de las civilizaciones está más mezclada que en París, o que en el Londres rehecho por los imperios de Disraeli y Gladstone. Aquí no ha habido Napoleón, Reina Victoria ni Bismarck; Franco era una caricatura, y llegó a Madrid escoltado por su corte de especuladores triunfantes que no amaban ni conocían la ciudad: el mismo Franco no había vivido en ella: habitante de viviendas militares en las guarniciones, o en los campamentos de las guerras, que comenzaron aprovechando las ruinas de la guerra y continuaron derribando lo intacto pero inútil para ganar dinero. Quizá a ello se debió que no fructificase la propuesta de quitar la capital de esta ciudad.

Barcelona, Sevilla o San Sebastián tuvieron más suerte: conservaron una cierta unidad de sus distintas épocas de riqueza, como puede ser que Sevilla conserve algo más de este aluvión de inversiones baratas de la Exposición: los pabellones que son verdaderas y a veces sensacionales muestras de la nueva arquitectura mundial van a desaparecer, y sólo quedará lo utilitario. Hasta que deje de serlo. Mantuvieron cohesión, y unos urbanistas y en general unas clases ricas que amaban sus ciudades.

Madrid se había formado por capas, que habían quedado como aisladas, unas veces en torno a grandes sitios reales borbónicos, como el parque del Retiro, donde todo se afrancesó; otras sobre las viejas creaciones anteriores, como la de los Austrias. La Castellana era propia del auge burgués, que en Barcelona consiguió crear una ciudad entera, y aquí hizo una franja; como el barrio de Salamanca, donde el Marqués tuvo el sueño de que era el prefecto Malesherbes. El trazo modernista de la Gran Vía tenía la contracreación de la calle de Alcalá, que se hacía cosmopolita y audaz en la época posible, con sus teatros de revista y sus cabarets —el “género ínfimo”—, sus casinos con sus zonas reservadas de juego, las grandes tiendas de cueros, cristales y ropas. El Círculo de Bellas Artes podía ser el modelo de ese fragmento de historia de la sociedad: las grandes salas de jue-

and with a certain base meanness in their general ideas; when the capital was transferred to Madrid, the great families of the aristocracy, the clergy and merchants built their houses of wood, a cheap way to avoid a possibly ruinous expense as they were fearful that the monarch or one of his successors would dictate a new change of site. The earlier inhabitants of the Town detested the Court and refused to collaborate with it, an attitude that time did not later change. Much time would pass before the stone of the mountains, despite its proximity, became an urban element and helped to create a certain perennality. Housing, however, continued to be a squalid affair.

In Madrid it is easy to walk around and look and see a past made by super-imposition, by speculation and corruption, by fashions coming from external empires, from the virtually prehistoric shack to the “intelligent building” on loan from the empires of Japan and the United States - sometimes found in close proximity, as tends to be the case only in Latin American cities and in many U.S. cities due to the continual extension and encroachment of poverty. In the shantytown neighbourhoods of Madrid there are murders, arson fires, aggressions, looting and pillage between the closest neighbours; everything happens as if it were a repetition of the war over space and shelter from the most remote and fossilized bit of known history. It does not seem that this past is going to cease nor desist. Relocation, the actual policy behind the euphemisms of the day, does not tend to be carried out well, as it causes new tribal fights, or conflicts between the distinct classes of the poor; our architects, who have accepted the creation of social housing, have not hit the mark with any success. To ugliness, they have added disfunctionalism.

That fight is nothing more than a staging or theatricalization of the most desirable spaces. A walk through Madrid shows a greater mix of the simultaneous palimpsest of civilizations than one finds in Paris, or in the re-figured London of the empires of Disraeli and Gladstone. Here there has never been a Napoleon, no Queen Victoria, no Bismarck; Franco was a caricature, arriving in Madrid escorted by a convoy of triumphant speculators who neither loved nor knew the city. Franco himself had not lived in Madrid, his customary dwellings had been military housing in the garrisons, or war camps; his cronies began by taking advantage of the ruins left by the war and continued destroying the intact but useless in order to earn more money. Perhaps it is due to this that the proposal to move the capital away from Madrid never materialized.

Barcelona, Sevilla and San Sebastian all had more luck, as they conserved a certain unity from their distinct stages and epochs of wealth. Sevilla, for example, may perhaps conserve something more from the flood of cheap investments brought in by the Expo; the pavilions that are truly and sometimes sensational examples of the new international architecture will disappear, leaving only the utilitarian - to the point where it will cease to be so. These cities maintained some cohesion, as well as some city planners and generally some upper classes who loved their cities.

Madrid was formed by laminated layers which then remained isolated, sometimes around the grand sites of the kingly Bourbons, as in Retiro park, where everything was Frenchified. Others formed around older, earlier creations, such as the neighbourhood known as Madrid of the Austrian monarchy. The

go —retratadas por Valle Inclán en *La hija del capitán*—, los talleres de pintura y escultura con las modelos desnudas, los “estudios” inmediatos que podían ser alquilados, como las modelos, sin necesidad de ser artista; la piscina subterránea —hoy, Teatro Bellas Artes— con señoritas modernistas y la entrada discreta por la calle de Arlabán, para las invitadas especiales, reflejaban una aspiración de la sociedad madrileña a las costumbres más libres que podían venir con la industrialización y el dinero. Todo empezó a venirse abajo con las prohibiciones de Primo de Rivera; el renacimiento en la República fue demasiado rápido, y el régimen de Franco, pudoroso, acabó con todo. Hoy todavía ese conjunto Gran Vía-Alcalá, envilecido y abandonado, presenta curiosas características de supervivencias de distintas capas: desde las iglesias o los conventos indestructibles por cuestiones de poder, que hicieron curvarse o esquinarse los trazados urbanos, hasta sus traseras miserables.

Si el pasado ha sido esta forma de superposiciones, de encarecimientos provocados del suelo —ninguno tan provocado y tan injusto como el de los últimos años, aunque ahora empiece a estancarse—, no se puede imaginar un futuro que sea mejor. Puede no haber caracteres nacionales, como sostiene Julio Caro Baroja y su escuela antropológica, pero indudablemente hay unas herencias de forma de ser, de costumbres y de comportamientos que no se destierran fácilmente. La tendencia marcada en Madrid por estos últimos años es la de la irradiación de la vivienda hacia el exterior de la ciudad, en las zonas que no siempre están exentas de la implantación de chabolismo; algo que parece también detenido por la imposibilidad del tráfico. El centro se va convirtiendo en gran oficina; considerando como centro la casi totalidad de la ciudad, y como oficina los grandes inmuebles multinacionales. Una de las modas de esta forma ostentosa de la oficina está ahora consistiendo en conservar algunos viejos palacios —la larga línea de la Castellana y las calles miméticas— para demostrar que no se necesita la riqueza que podría originar la conversión de su terreno en edificio vertical e inteligente. A esta alineación de nuevas y viejas arquitecturas me refería al principio al citar que una cierta fealdad de Madrid se hace con una parte de hermosura por su diversidad. La plaza de Colón, después de los destrozos de la destrucción del palacio de Medinaceli, afrancesado, con su gran jardín, y de la Fábrica de la Moneda con su expresivo horror neomudejar, más la llanura salvaje de la plaza del Descubrimiento, puede ser uno de los muchos ejemplos que se podrían poner.

El problema que se puede calcular para el futuro, dentro de lo incalculable que es en nuestro tiempo, donde las cosas más extrañas suceden en la historia y la sociedad, no es muy prometedor. El crecimiento de la ciudad por inmigración se ha paralizado, pero los barrios ya ocupados por las primeras oleadas de la España agraria y parada no se van a mejorar ni a perfeccionar, en vista de la recesión en que nos encontramos y en la que vamos a seguir durante muchos años. Es una inmigración que ha dado curiosos aspectos a Madrid, desde el cambio de la geografía humana —más oscura, más claramente morisca o judía; de menor estatura— hasta la prosódica. Influye, naturalmente, en el habitat y en sus festones: desde las inmigraciones de barrios de latas hasta los “lujos redondos” ocupados hoy por marroquíes y polacos y otros centroeuropeos (sobre todo los católicos, que creyeron que iban a encontrar aquí una solidari-

Castellana, the main axis of Madrid, came from the apogee of the bourgeoisie, who managed to create an entire city in Barcelona but here achieved only a strip. Just as in Salamanca neighbourhood, where the Marquis dreamed that he was the re-incarnation of the prefect Malesherbes. The modernist stroke of the Gran Vía provoked the creation of a counter-point in Alcalá street, which became as cosmopolitan and as audacious as possible at the time, with its chorus lines and cabarets —of the most vile and inferior genre— its casinos with their reserved playing areas, and its huge leather, glass and clothing stores. The Círculo de Bellas Artes could be taken as the paradigmatic model of that fragment of social history: the great playing rooms —whose portrait Valle Inclán sketched in *The Captain's Daughter*— the painting and sculpture workshops and the nude models therein, the instant “studios” that could be rented (like the models) without the slightest need to be an artist, the underground swimming pool (today the Teatro Bellas Artes) for the especially invited, with its modern maidens and a discreet private entrance on Arlabán street, all of these reflected the aspiration of *Madrileña* society towards the freer culture and customs that might come with industrialization and money. All began to slide downhill with the prohibitions pronounced by Primo de Rivera; the renaissance during the Republic was much too brief, and Franco's regime, so chaste, modest and shy, finished it all off. The Gran Vía-Alcalá area, debased, disgraced and abandoned, today still presents curious characteristics of the survival of distinct layers - from the churches and convents, indestructible for evident reasons of power, that imposed the corners and curves onto the urban outline, to their miserable backsides.

If the past has assumed this form of super-impositions, of inflationary structures rising provocatively from the ground —and never so provocatively or unjustly as in recent years, although this is now beginning to grind to a halt— then it is impossible to imagine a future that would be any better. Perhaps, as maintained by Julio Caro Baroja and his anthropological school, there are no such things as “national characters”, but there are doubtless some inherited ways of being, of customs and behaviours not easily banished, nor even put aside. The marked tendency in Madrid in recent years is the irradiation of housing towards the exterior of the city, in those areas that are not always exempt from the arrival and implantation of *chabolismo*, of “home-made” sheds and shanties. The only obstacle to this seems to be the impossibility of the traffic of goods and vehicles.

The center is being converted into a huge office, taking the center to be virtually the whole of the city, and understanding all of the big multinational buildings as one big office. One of the current fashions of this ostentatious form of office consists today in the conservation of a few old *palacios* —such as along the line of the Castellana and imitatively similar streets— in order to demonstrate that they do not even need the wealth that might be generated by the conversion of those plots into vertical and intelligent buildings. Regarding this alignment of new and old architectures, I remarked at the outset that much of Madrid's ugliness is made up of diverse and attractive parts. Columbus Square (plaza de Colón), after the destruction and demolition of the Frenchified Medinaceli palacio, with its large garden, and the Mint, with its expressive neo-Mudejar horror, along with the savage flatness of the plaza of Discovery (del Descubrimiento), could be cited as one of many examples of this point.

dad; como los negros y los asiáticos de las misiones. Grave error.)

Estos festones urbanos no van a ser cambiados; no les es fácil a sus habitantes penetrar en el centro encarecido de la ciudad, ni tampoco a quienes se fueron a los suburbios (en el sentido americano: ricos, residenciales) o a los pueblos-dormitorio. Fueron viajes sin regreso. La oficina tiene un porvenir limitado, y que hoy no se puede predecir. Las leyes municipales han ido siendo cada vez más permisivas, y han entrado en las antiguas casas de viviendas del gran casco urbano, incluso en las supervivientes de antes de la guerra civil, pequeños locales de negocios, que han subido también los precios de las viviendas menos deseadas.

No se como se trazan los arquitectos este futuro. Probablemente, como lo están haciendo ahora: con los espacios habitables cada vez más reducidos, para ser más soportables, o por la vía de dividir las antiguas casas reformadas de fachada para adentro. El paisajismo se extiende hacia los nuevos barrios que fueron un día futuro y hoy son medio ruina: parques aprovechados de viejos árboles, antiguas pinedas. Muchos están a medio terminar; y pagando, circunstancialmente, el precio de la imitación de otro imperio, el del césped inglés, ahogado por la sequía.

No se ve optimismo exagerado en este cálculo. Más bien contradicciones. La busca de aire que supuso el suburbio rico y de espacio del pueblo dormitorio se pierdan con la imposibilidad del transporte y la incapacidad económica de hacerlo colectivo; el imperialismo del negocio en el centro dependerá de lo que ocurra con la crisis del capitalismo. La aventura humana está condicionada por grandes grupos que requieren a la arquitectura sus servicios con urgencia: las parejas jóvenes que no encuentran posibilidad de alojamiento; los jubilados que van siendo expulsados de sus casas y no tiene formas de sustituirla; los realojados en casas de papel y sin conciencia; el aluvión de los que llegaron y de los que van siendo rechazados por el paro. No veo en los técnicos ni en los economistas ofertas de salida.

The problematic as it can be foreseen for the future —within the cloud of invisibility that the future is in these times when strange things are occurring in “our” history and society— is not particularly promising. The growth of the city due to immigration has now paused, but the neighbourhoods and suburbs already occupied by the first big waves of people fleeing from out-of-work agrarian Spain are not going to be perfected, nor, in light of the recession we now see and will be continuing to see for a long time, will they even be improved. It is an immigration that has given curious aspects to Madrid, from the change in human geography —darker, more clearly Moorish or Jewish, shorter...— to the prosodic ambient which stalks the city streets. Its influence is felt, naturally, in the matter of habitat and in its decorative genres: from the rise of whole neighbourhoods composed of tin-can huts to the “Luxury Circles” occupied today by people from Morocco, Poland and other eastern European countries. (Catholics in particular, such as the Africans and the Asians from the missions, believed that they were going to find some solidarity here: a grave error.)

These urban festoons are not going to be changed; it is not easy for their inhabitants to penetrate into the high-priced center of the city. The same difficulty applies to those who fled to the suburbs (in the American sense: the rich and residential suburbs), or to sleeper towns on the periphery. They were voyages without return. Even the office itself has a limited future, and will depend greatly on how the crisis of capitalism unfolds, something which we cannot predict today. Municipal laws are becoming increasingly permissive, and have encroached upon the old residential houses of the great city center, even in those surviving from before the civil war; hence the rise of small businesses, which also have raised the prices of even the least desirable residences.

I do not know how architects will shape and draw this future. They will probably do it as they are doing it now: with ever-reduced living spaces, thus enhancing their affordability, or by way of dividing the inside of old structures with renovated façades. This landscape will go on extending into the new neighbourhoods, those that were once the future and are now half in ruins: colonized parks of old trees and pine groves. Many of them are only half-way completed, and are paying, circumstantially, the price for the imitation of another empire, that of English rye grass, the weed now suffocated by the drought.

There is no surfeit of optimism in this calculation; rather, there are contradictions. The quest for air and space entailed by the rich suburbs and the sleeper towns are annulled by the impossibility of transportation and the economic incapability of making it collective. Downtown business imperialism will hang dependently on what happens with the crisis of capitalism. The human adventure and project is conditioned by large groups that urgently need architectural services: young couples who cannot find a home and a shelter; retired people who are being evicted from their houses and have no way to find another one; the “re-located”, in their unconscionable and paper houses; the arriving flood of immigrants and those who are increasingly finding it impossible to find either work or unemployment succour. I do not see the technocrats or the economists offering any way out.